

EGO

I

Yo soy un insondable soñador y un hermético,
Pero no á la manera de los bardos triviales
Y frívolos que juzgan sus acciones geniales
E ideal la extravagancia de su vivir poético.

Hay en mi libro de horas, descarnado y sintético,
Himnos á la divina Verdad y á los ideales
Del luchador que forja bellezas inmortales
Y el soñador que lucha, convencido y frenético.

Hoy que el poeta rinde culto á la apostasía
Y homenaje á esos legos, encumbrados señores,
Yo, solo, como el último proletario que ansía

Vivir de sus esfuerzos, lucho entre dos horrores:
¡La ambición de los líricos cortesanos del día
Y el afán de los necios que les arrojan flores!

II

Rebelde á la mundana vanagloria y al rito
Imperial de los émulos de Longin y Aristarco,
Solo y sin mezquindades yo conduzco mi barco
De ensueños y quimeras en pos de lo infinito.

La fórmula de « todo por el arte » es un mito
Y aquel que la sustenta revuélcase en el charco.
La esclavitud no cabe de mi vida en el marco;
Yo amo más el poema vivido que el escrito.

Es más pura y más noble la conciencia de un mozo
De cordel, dueño único de su propio albedrío,
Que la de tanto artista que, fingiendo un sollozo

Conmovedor, evoca su libertad perdida.
¡La libertad y el arte, como la fe y el brío,
Acrisolan el alma y ennoblecen la vida!

PÉREZ Y CURIS.

Bibliográficas

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

César ó nada, POR PÍO BAROJA.
—V. Prieto y C.^a, editores.—Madrid.

El autor de PARADOX REY acaba de conquistar otro triunfo legítimo. Leed, sino, su última novela CÉSAR Ó NADA en la que un rebelde por temperamento presenta al desnudo tipos disímiles de complicada psicología y gestos contradictorios. Un espíritu burlón retoza en esas páginas con saludable desenfado y un amplio concepto de la humanidad revela todo el libro. Maravilla el talento de Baroja por lo sintético y definitivo. Con sólo una frase pinta á un personaje, y á las veces, un gesto de éste, sólo uno, descrito por aquel formidable novelador basta para descubrir su alma y su idiosincrasia.

Tendenciosa y revolucionaria es la novela CÉSAR Ó NADA. Su protagonista intenta emancipar de los prejuicios religiosos á uno de esos pueblos castellanos tan apegados al dogma y tan refractarios á cuanto implique no ya un cambio radical sino la más leve reforma en su organización social. Tal intento narrado magistralmente por Pío Baroja parece una verdadera epopeya.

Las descripciones que ilustran CÉSAR Ó NADA son admirables por

su sobriedad y absoluto verismo.

Ars-Verba, POR VARGAS VILA.—
Librería de Bouret.—París.

Tal libro presenta otra de las modalidades del ilustre escritor colombiano: la elocuencia. ARS-VERBA es una recopilación de los discursos que Vargas Vila pronunció en su romería por algunos países de América y Europa donde se le tributó el caluroso aplauso de la admiración y se rindió homenaje á su talento.

Obra de arte por excelencia, no obstante los gestos rebeldes que se esbozan en muchas de sus páginas, ARS-VERBA significa un momento de tregua en la encarnizada lucha que desde hace varios lustros viene sosteniendo el soberbio sagitario contra los tiranos de América y su secuela de cortesanos empedernidos.

Tregua aparente... El carácter de Vargas Vila jamás podrá retirarse de la lucha. Por eso en todos sus libros, aun en aquellos que guardan alguna serenidad, surge, entre radiantes imágenes, su garra de luchador indomeñable, pronta al zarpazo que intenta destrozarse la testa de la tiranía.

PÉREZ Y CURIS.

La Muerte del Cisne

El reputado novelista y escritor señor Carlos Reyles nos ha enviado su último libro LA MUERTE DEL CISNE, editado por la casa Ollendorff, de París. En nuestro próximo número nos ocuparemos de él, estudiando, aun cuando sea someramente, la personalidad pensante de tan ilustre escritor.

El Vampiro

De Tegucigalpa (Honduras) hemos recibido la novela EL VAMPIRO del delicado escritor y poeta Froilán Turcios, ya conocido de los lectores de APOLO.

En nuestro número próximo también daremos nuestra opinión sobre esa última obra del poeta hondureño.



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Administrador:
LUIS PÉREZ

Redacción y Administración:
TREINTA Y TRES, 72

AÑO V

Montevideo, Diciembre de 1910

N.º 46

El Artista 64.580

El artista ideal es aquel que reúne en una misma obra y con mayor intensidad esos atributos de la estética que se llaman sentido plástico y sentimiento poético.

Todo artista persigue esa conjunción tan difícil de alcanzar. Todos los cultivadores del arte quisieran ser creadores y de la noble lucha en que empeñan sus facultades resulta que unos se imponen por la idea; por la forma otros y los menos por ambas.

En poesía no existe hoy el taumaturgo divino que domine por igual, llegando al sumo grado de perfección posible, concepto y forma. El genio poético desaparece poco á poco. El culto de la tradición, unas veces, y otras el afán de ganar prosélitos, desvían de su ruta al poeta y cohiben su pensamiento. De ahí el mal de las escuelas á cuyas normas él se somete menoscabando su talento en una cristalización prematura y por desgracia definitiva. Un artista en perenne evolución es siempre un innovador que no pone límite á su talento; sus modalidades varían á menudo y aunque la idea que él sustente sea siempre la misma su arte es multicolor.

Pero aun logrando esa conjunción estética de que he hablado, el artista ideal ama sobre todo el sentimiento poético que perdura.

PÉREZ Y CURIS.

FLOER BENDITA

Para APOLO.

Cojo esta rosa del solar.—Galana
ofrenda os hace de ella el corazón.—
(¡Mirad, qué roja está y es de pasión,
por vuestros ojos, esta flor toscana!)

Flor que nació en Abril una mañana,
y naciera, al nacer, en la prisión,
donde han postrado mis fervores, con
las bendiciones de una buena hermana.

Flor que ha nacido para hablar de amores
á vuestros ojos, que por ser traidores
ocultan la frialdad de una estocada.

Flor que ha nacido para flor bendita...
y aunque os la ofrecen mirará marchita
porque ha nacido para ser amada.

TRÍAS DU PRÉ.

1910.

SI TU SUPIERAS...

Si tú supieras con qué premura
todo el tesoro de su ternura
te ofrece el alma! ¡Qué triste está!
cuando á mi lado pasas esquivo
con el orgullo de reina altiva
que despertando pasiones vá!

Si tú supieras cuánto medito
puestos los ojos en lo infinito
de mi angustiosa desolación!
Cuánto me encantas y me enajenas
mientras descenden todas mis penas
á lo más hondo del corazón!

Cuando de lejos sigo tu paso,
puestos los ojos en el ocaso
de una esperanza que muere en él,
pienso que toda la vida diera

si en un instante besar pudiera
tu boca dulce como la miel.

Pienso—y en tristes dudas me pierdo—
que es inhumano que en el recuerdo
tar sólo á voces se pueda amar,
porque en la saña cruel de tu dolo
cen mis deseos me dejas solo,
muriendo á fuerza de suspirar.

Ven; no desoigas el ruego mío,
porque padezco tan cruel hastío
que sin tus besos muero de esplín;
ven, y en tus labios la sed vencida,
ya sin objeto mi inútil vida,
entre tus brazos encuentre el fin!

José VIANA.

SOL BLANCO

Ayer cuando en el templo
el venerable párroco
te dió la comunión, yo te veía
desde un rincón sagrado...
Y nunca un sol más níveo
tuvo más rojo ocaso
que aquel sol del espíritu—la hostia—
al desaparecer tras de tus labios.

Julio FLÓREZ.

Los camellos

Lo triste es así...

PETER ALTEMBERG.

Dos lánguidos camellos, de elásticas cervices,
de verdes ojos claros y piel sedosa y rubia,
los cuellos recogidos, hinchadas las narices,
á grandes pasos miden un arenal de Nubia.

Alzaron la cabeza para orientarse, y luego
el soñoliento avance de sus vellosas piernas
—bajo el rojizo dombo de aquel cenit de fuego—
pararon silenciosos al pie de las cisternas...

Un lustro apenas cargan bajo el azul magnífico
y ya sus ojos quema la fiebre del tormento:
tal vez leyeron, sabios, borroso jeroglífico
perdido entre las ruinas de intausto monumento.

Vagando taciturnos por la dormida alfombra,
cuando cierra los ojos el moribundo día,
bajo la virgen negra que los llevó en la sombra,
copiaron el desfile de la Melancolía...

Son hijos del Desierto: prestóles la palmera
un largo cuello móvil que sus vaivenes finge;
y en sus marchitos ojos que esculpe la Quimera
sopló cansancio eterno la boca del Esfinge.

Dijeron las Pirámides que el viejo Sol rescalda:
«Amamos la fatiga con inquietud secreta»...
y vieron desde entonces correr sobre una espalda
tallada en carne, viva, su triangular silueta.

Los átomos de oro que el torbellino esparce
quisieron en sus giros ser grácil vestidura;
y unidos en collares por invisible engarce
vistieron del giboso la escuálida figura.

Todo el fastidio, toda la fiebre, toda el hambre,
la sed sin agua, el yermo sin hembras, los despojos
de caravanas... huesos en blanquísimo enjambre,
todo en el cerco bulle de sus dolientes ojos.

Ni las sutiles mirras, ni las leonadas pieles,
ni las volubles palmas que riegan sombra amiga,
ni el ruido sonoro de claros cascabeles
alegran las miradas al rey de la fatiga.

¡Bebed dolor en ellas, flautistas de Bizancio,
que amáis pulir el dáctilo al són de las cadenas,
sólo esos ojos pueden deciros el cansancio
de un mundo que agoniza sin sangre entre las venas!

¡Oh artistas! ¡oh camellos de la llanura vasta,
que vais llevando á cuestras el sacro Monolito!
¡Tristes de Esfinge! ¡novios de la palmera casta!
¡sólo calmáis vosotros la sed de lo infinito!

¿Qué pueden los ceñudos? ¿Qué logran las melenas
de las zarpadas tribus cuando la sed oprime?
sólo el poeta es lago sobre este mar de arenas,
sólo su arteria rota la humanidad redime.

Se pierde ya á lo lejos la errante caravana
dejándome — camello que cabalgó el Excidio... —
¡cómo buscar sus huellas al sol de la mañana,
entre las ondas grises de lóbrego fastidio!

¡No! buscaré dos ojos que he visto, fuente pura
hoy á mi labio exausta, y aguardaré paciente
hasta que, suelta en hilos de mística dulzura,
refresque las entrañas del lírico doliente;

y si á mi lado cruza la sorda muchedumbre,
mientras el vago fondo de sus pupilas miro,
dirá que vió un camello con honda pesadumbre
mirando silencioso dos fuentes de zafiro...

GUILLERMO VALENCIA.

Periodistas chilenos



HERACLIO FERNÁNDEZ

Ojos grises

Fúlgidos ojos extraños
de metálicos matices,
divinos ojos castaños;
haced mis horas felices.

Yo ví el valor de los años,
yo ví remotos países,
pero no ví en mis antaños
la luz de tus ojos grises.

Hoy esa luz ilumina
mi senda trágica y bruna
donde tu sombra camina.

Ojos con lumbré de luna,
que tenéis los míos presos,
he de cerraros en una
noche, al calor de mis besos.

FROILÁN TURCIOS.

El frío de la tarde

En mitad del camino que forman dos hileras de sauces y que costea, ondulando, la orilla del riachuelo, á veinte pasos del puebluco que recorta sobre la barranca la línea complicada de sus tejados contra el fondo purpúreo del cielo de la tarde. Personajes, un viejo cargado de años y de penas que se apoya en un nudoso y fornido bastón de viaje, y dos ancianas ladinas que han salido á distraer sus nietos, haciéndoles contemplar las imágenes invertidas que refleja el agua.

Un hábito de tranquilidad envuelve y dulcifica todas las cosas, del mismo modo que la luz rosada de la tarde las hace risueñas. Se oyen, suavizadas por la distancia, voces de campesinos que suben á la sierra; los golpes medidos del martillo de la herrería y la conversación melodiosa del agua que se dispone á velar el desfile de las horas nocturnas; una paloma se queja con voz de mujer, y los grillos alternan bajo la hierba sus agudas canciones. Por un camino distante que baja reptando al poblado, se ve pasar una procesión de campesinos que descienden lentamente.

Dice una de las abuelas:

—Ves? Magdalena? Allá van á enterrar á Dolores la novia de Antuco. Una linda muchacha muerta en hora mala. Ya es la segunda... ¿Recuerdas? Mal año éste para mozas casaderas...

—Malos años todos y siempre; buen año éste para las muchachas con novio.

—A tristezas de olvido prefiero el descanso bajo las rosas y los mirtos...

—¿Por qué dices eso? Juntas vimos la desesperación de aquel mozo que enviudó sin casarse; juntas le vimos cubrir á la difunta de ramas florecidas, como para impedir que la tierra hedionda manchara la palidez de aquella carne muerta. Además ha trasplantado al cementerio todos esos lirios rojos de la montaña que se abren por la tardecita como lagrimones de sangre que llorara el sol moribundo; y en las noches de luna han llegado á sorprenderlo, acodado en el bardal musgoso, esperando algo que ni él mismo habrá logrado explicarse...

—Por eso prefiero la muerte... Estas muchachas que desaparecen en el alborar de la pubescencia, dejan grabado su recuerdo de una manera borrosa, pero indeleble; dijérase un girón de neblina que se pone á danzar en el alma, que á ratos se compacta y toma una vaguedad encantadora de formas corpóreas, y á veces se disuelve, se disuelve sin extinguirse nunca.

Callan poco rato, y una de las abuelas nota la presencia del anciano, y pregunta:

—¿Quién es aquel señor que allí mira tan fijamente nuestras casitas?

—No lo sé, por mis días, responde la otra. Pero adivino que ha hecho una buena jornada, porque trae mucho polvo y parece cansado. ¿Ves? Ha llevado el pañuelo á los ojos.

Se acercan. Es un bravo capitán que arrima la nave de su cuerpo á la costa ineluctable; las espumas del mar de la vida blanquean en su cabeza; la transpa-

rencia glauca del piélago se ha quedado á hacer misteriosas sus pupilas; su barba de patriarca le llega hasta el ombligo.

—Buen señor...

Y sentados en el tronco de un árbol que derribaron las tormentas, cadáver enjuto y bien oliente á quien las gramíneas tratan de dar una sepultura verde, echándole por encima sus tallos jugosos, departen los tres como viejos camaradas; entre tanto los niños sobre las rodillas de las abuelas se están quietos con los ojos alelados.

—En mi pueblo, cuenta el anciano, tuve una novia, una muchacha hija de un hortelano que decía quererme mucho, pero que amaba más á su padre, puesto que le siguió el consejo de no dar su mano á un hombre sin fortuna. «Vete—me dijo una vez—y ve si en otros lugares logras con qué comprar ese pedazo de tierra de cultivo que exigen por única condición para darme á tí». Recuerdo su voz temblorosa de persona que hace de tripas corazón para dictarse una sentencia. Recostada á la pared de su huerto, con las manos envueltas en el delantal recogido á la altura del seno, lloraba en silencio, y el cielo de aquel Noviembre nubloso también lagrimeaba sobre nosotros una llovizna fría y menuda que enfangaba el suelo. «Que no tardes y me escribas mucho; ya verás cuando vuelvas cómo seremos felices; padre no exige imposibles: un pedazo de tierra de labor para que no nos coma la miseria...»

—Tal vez no le escribirías, in-

sinúa con voz muy débil una de las abuelitas.

—¿Para qué? Yo confiaba en regresar á los pocos meses haciendo cascabelear en mi bolsa muchas monedas de oro, y olvidé que conmigo viajaría la infelicidad. Sufrí mucho, padecí demasiado, y al fin se cerró en mi corazón ese huequito en donde anida la ventura. Hoy... tras de tantos años, vuelvo á mi tierra, sólo á buscar un rincón de paz donde son polvo los huesos de los que me engendraron. Magdalena... Magdalena habrá muerto...

Una de las abuelitas se siente mala, se levanta y se va con su muchachito de la mano. La otra la sigue.

—Adiós, buen señor; si entráis al poblado en mi casa hallaréis cama y cena.

En la luminosidad de la tarde, que ha tomado un vivo color de naranja, el río, lamiendo la barranca negra, brilla con brillo metálico. Los sauces cabecean lentamente y se besan con rumorero pasional. Las dos ancianas se alejan dejando marcadas en el polvo las huellas de sus pasos, como las cuentas de un rosario de tristezas rezando en silencio.

—¿Por qué lloras? ¿Te duele su abandono?

—Sí me duele...

E inclinándose al oído de su compañera, muy quedo, como para evitar que la escuchen los niños que llevan de la mano.

—Yo soy esa Magdalena—le dice—¿no habías comprendido?

LUIS TABLANCA.



Las muchachas

Yendo hacia la ciudad en cuyas terrazas se canta, bajo los árboles floridos como ramajes nupciales, yendo hacia la ciudad en donde el suelo de las plazas vibra, en la noche azul y rosa, con silencio de danzas fatigadas, encontramos á las muchachas de la llanura que venían á la fuente, que venían anhelantes mientras nosotros pasábamos.

La dulzura del cielo claro vivía en sus ojos tristes, los pájaros de la mañana cantaban en sus voces dulces (oh, tan dulces

con sus ojos de buen augurio y tan tiernas con sus voces de palomas indicadoras!) Ellas se sentaron para vernos, tristes y castas y sus manos juntas parecían guardar sus corazones en jaulas... Nosotros vamos hacia la ciudad en cuyas terrazas se canta, bajo los árboles floridos, para buscar novias—oh campanas de alegría en el silencio de las plazas! las campanas tiemblan como flores que se mecen.

HENRI REGNIER.

De "El poema de los besos"

Baladas de los estados de alma

II

Sobre mi mesa de caoba
Yacen los búcaros vacíos.

Hoy no han dejado
Mis heliotropos favoritos
En la aguedad de aguesos búcaros
Su perfume desvanecido.

La soledad de mi aposento,
Otrora llena de un prestigio
De aroma, es hoy cual inodoro
Y humilde páramo maldito.

Sólo, filtrando sus clarores
Por los cristales conmovidos,

Besa la luna mi faz pálida
Donde refléjase el hastío.

Fuera, las ráfagas del viento
Han deshojado un eucalipto
Cada una de cuyas hojas
Sacrificadas lleva un ritmo
De desconsuelo hasta que expira
Cabe las márgenes del río.

¡Oh, artista dulce y peregrina
Cultivadora del espíritu!
Pon en los búcaros, mañana,
Mis heliotropos favoritos,
Que en su fragancia anegar quiero
Mi ensoñación y mi lirismo.

¿No sabes, jardinera,
Que el corazón del heliotropo late al unísono del mío?

III

Llora el violín en la noche
Y es un ruiñeñor enfermo.

¿Qué artística mano arranca
Su melancólico acento,
Tan hondo como un latido,
Tan dulce como el ensueño?

¿Qué espíritu idealizado
Da á sus módulos el treno
De las almas taciturnas
En donde duerme el deseo?

* * *

- Sigue llorando en la noche,
¡Pobre ruiñeñor enfermo!

Tu lloro que es un poema
De amor ha encontrado eco
En mi psiquis agobiada
Por los nubes del invierno.

Hermano mío es quien dice
Contigo su sentimiento;
Divinas son esas manos
Que juegan con tus misterios.

El eco se fué apagando
Lentamente, y el silencio
Volvió á poblar doloroso
El corazón del invierno.

PÉREZ Y CURIS.

La loba parda

Oid un viejo romance de la sierra.

Yo lo escuché, de labios de un zagal, una tarde de invierno brumosa y triste. Cuenta el romance añejas andanzas de pastores y lobos, y por sus versos corren ráfagas invernales; sólo lo ilumina y templá la esperanza tenue de una primavera riente y fecunda. Evoca su ritmo el paraje desolado y agreste. Envuelto en el encanto del misterio, tiene el candor infantil de las antiguas leyendas: dialogan pastor y lobo, y á los requerimientos de la fiera hambrienta replica el hombre con montaraz jactancia.

Fué en el rigor de la internada. La nieve que cayera en la noche había borrado los senderos; yo caminaba aterido bajo el cielo nevoso; temblequeaba dentro de mi capotón recio, con el rostro encendido por el azote de la ventisca. Era la jornada áspera y dura. Resbalando en la nieve, mil veces me perdiera en su monótona blancura sin embocar el puerto. Hube de bordear las asperezas de roquedal bravío, y, traspuesta la cumbre, atravesé los piornos abatidos al peso del nevazo; luego crucé un retamar; más tarde me acogió la cándida fronda de un pinar centenario.

En el silencio de la montaña, una esquila tintineó melancólica. La vereda perdíase en un calvero. Un pastor salió al camino.

Era mozo; bajo su manta, jironeada por el uso, asomaba el zamarro; zahones renegridos y lustrosos resguardaban sus piernas de la humedad serrana; mugrienta boina protegía sus greñas.

—¿Queda mucho para el pueblo?

—Poco, señor.

—¿Me perderé en el camino?

—Desde la salida del pinar no tiene pierde.

—¿Quieres acompañarme?

Nada dijo. Fijó un momento en mí la indiferencia de sus pupilas claras, y comenzó á caminar por entre los pinos, monte abajo.

Soplaba furioso el cierzo, y la nevisca, que antes cayera pausada y lenta, tornóse alegre y danzarina. Declinaba la tarde, y la voz del zagal, clara y vibrante, rasgó su helado silencio:

*Las cabrillas van muy áltas,
la luna va arrebatada,
las ovejas de un cornudo
no paran en la majada.
Estando el pastor en vela
vió venir la loba parda.*

*—Llega, llega, loba parda;
no tendrás mala llegada
con mis siete cachorrillos
y mi perra truquillana
y mi perro el de los hierros,
que sólo para tí bastan.—*

*—Ni tus siete cachorrillos
ni tu perra truquillana,
ni tu perro el de los hierros,
no valen para mí nada.*

*Entró y sacó una borrega,
hija de una oveja blanca,
que la tenían mis amos
pa la mañana de Pascua.*

*—Aquí, siete cachorrillos;
aquí, perra truquillana
aquí, perro el de los hierros,
á correr la loba parda.—*

*Siete leguas la han corrido
por unas grandes montañas,
y siete la han arrastrado
por unas veredas llanas.*

Al subir un cotarrito

y al bajar una cotarra,
salió el pastor al encuentro
con un cuchillo sin vaina.

—Pastorcillo, no me mates,
por Dios y la Virgen santa,
que diré á mis compañeros
que no vuelvan á tu piara.

—Siete pellejitas tengo
para hacer una zamarra;
con la tuya serán ocho
PA acabarla de aforrarla.
Las patas para manguitos,
las orejas PA polainas,
y el rabo para agujetas
para coserme las bragas;
y en caso que sobre algo
PA hacer un mandil PA el ama.

Calló el pastor. Y el cierzo gemebundo arrastró en sus ondas de hielo la última cadencia del romance serrano.

—¿Quién te enseñó el romance?

—Mi padre.

—¿Lo inventó él?

—No, señor; mi padre se lo oyó á mi abuelo.

—¿Era pastor tu abuelo?

—Lo mismo que padre.

Habíase perdido en el espacio el último verso y aún escuchaba su ritmo. Era el romance que los pastores viejos cantaban en los hatos, allá en las noches largas, para alejar del corazón de los zagales el miedo del lobo.

Hubo un silencio. El pastor caminaba ligero, sin que sus abarcas dejasen huella en la crujiente nieve. Al coronar una loma paróse en firme y con su brazo señaló una dirección. Allí estaba el pueblo. Su caserío tiritaba bajo el manto de la nevasca; sólo indicaba su existencia la torre de la iglesia y el humo que lento ascendía de sus hogares.

—¿Cómo te llamas?

—Juan, señor.

—Pues adiós, Juan; ya nos veremos.

Tornóse el pastor al hato, y yo, animoso, me aventuré en la senda que ondulaba en el robledo. Bien entrada la noche llegué á la aldea.

Después de un largo caminar sobre la nieve, ¿quién no ha sentido la voluptuosidad exquisita de la posada en el pueblecillo de la sierra?

En el zaguán obscuro sacudís, como maño en primavera, los copos que blanquean vuestro capote; demandáis sitio en torno del fuego, y mientras la moza os escancia el retozón vinillo de la tierra, escucháis de labios de un serrano viejo los fríos fabulosos de las invernadas de antaño.

¡Antes eran las nevadas más fuertes y los lobos más feroces!

Llaman á la puerta, y un nuevo caminante reclama puesto en el hogar.

Es un baratillero que recorre los pueblos de la serranía. Viene de Canencia, y, dentro de su anguarina parda, farfulla que los negocios están malos, que la nieve cierra los puertos y dificulta los caminos del valle, que cada madrugada alumbrá nuevas fechorías de los lobos hambrientos.

Un trago del pardillo de Escopete ahoga las quejas.

Y de tiempo en tiempo el cierzo silba, y los cristales temblequean, y cae el hollín en la brasa, y un copo que penetra por la chimenea, enorme y solitario, se evapora en la cresta de las llamas rojizas. Y antes que el silbo se extinga y se evapore el copo, el viejo pastor dice con ademán solemne:

—Este, este es el lobo que mata nuestros corderos.

Y yo adormezco junto á la lumbré, mientras el viento simula aullidos y la brasa finge el fos-

forescer de las pupilas de la loba parda.

Vuelvo á la sierra en primavera y recorro el camino del invierno.

Zarandeados por los vientos marzales, los piornos han sacudido su carga de nieve; lloran los pinos sus invernales rigores, y el sol no tiene fuerza bastante para enjugar su lagrimeo.

En el pinar alcanzo á unos pastores que bajan á la aldea. Es la Pascua, y llevan cruzados sobre sus hombros los corderos que han de sacrificarse.

Pregunto por Juan, y me dicen que Juan ha muerto de frío.

Bajó una tarde á la aldea y no tornó al hato. Retuviéronle hasta la noche el amor de la moza y el amor de la lumbre. Intentó subir luego, y, por ser la niebla espesa y la ventisca fuerte, no acertó el camino.

—Allí le encontramos—dice el más anciano de los pastores,—junto á los pastizales, al pie los canchos, á la vera de aquel *boyizo*. Y su brazo indica el agrio declive de un barranco, en cuyo fondo, mugiendo, salta un torrente espumoso.

Caminamos en silencio. Al terminar el robledo, en la primera y

suave ondulación del monte, asoma el pueblo su albo caserío, envuelto en los últimos jirones de la niebla azulada. El agua en las caceras ríe bullidora y salpica sus espumas á las márgenes, florecidas de margaritas blancas. Vestidas de fiesta, circulan por las callejas las mozas, y brillan al sol sus pañuelos rameados y sus zagalejos de colores vivos.

Y mientras el valle en su lozanía se alborozaba, refugiado en las altas cumbres el enemigo del pastor, el lobo del invierno, enarca su blanco lomo, que se destaca del azul de un cielo castellano.

Y parece que, envuelto en los aromas de la brisa abrileña, flota irónico el ondulante ritmo del viejo romance serrano:

*Ni tus siete cachorrillos,
ni tu perra truquillana,
ni tu perro el de los hierros
no valen para mí nada.*

Y las campanas voltean jocundas. Y los hombres, para celebrar la Pascua, sacrifican los cabritos más tiernos de sus rebaños: los que no devoraron los lobos durante las largas noches de ventisca y hielo, en las rabiosas hambres invernales.

ENRIQUE DE MESA.

LO QUE YO TE DARIA

Un castillo de blancas azucenas
donde una mano leve
coloque entre armonías y rumores
rocío transparente;
un rayo misterioso de la luna
empapado en el éter;

un eco de las arpas que resuenan
y el corazón conmueven;
un beso de un querube en tus mejillas,
algo apacible y leve,
y escrita sobre la hoja de albo lirio
una rima de Bécquer.

RUBÉN DARÍO.

Nápoles

Bacante poseída de embriaguez infinita,
Bajo el beso del Sol, eternamente rubio,
Del agua eternamente azul al suave efluvio,
Nápoles danza, Nápoles ríe, Nápoles grita.

En vano al horizonte como una ara maldita,
Siniestra espiral de humo rojo lanza el Vesubio,
El mar sereno y límpido, bajo el áureo diluvio
Del Sol, en una eterna fiesta de luz se agita.

Desde los verdiejaros jardines de la playa
Y el pintoresco y loco viejo barrio de Chiaia
Con sus rejas floridas que aire azul engríe,

Hasta el monte en que albea su vetusto castillo
Y sus cincuenta iglesias llenas de falso brillo,
Nápoles canta, Nápoles grita, Nápoles ríe.

Francisco CONTRERAS.

RETROSPECTIVA

AL TRAVÉS DE LOS AÑOS

Para APOLO.

Ataviada de sedas ondulantes
en medio de la sala, presidías,
un coro de oficiosos elegantes
expertos en mundanas cortesías.

Por todos adulada, recogías
mil frases cortesanías y galantes,
cuando calmando las angustias mías,
permaneciste sola unos instantes.

Con la inocencia de un incauto chico,
te balbucí mi gran pasión secreta,
y usando una crueldad que no me explico

en mis ingenuidades de poeta,
sonreíste detrás del abanico
con la frivolidad de una coqueta.

JOSÉ VIANA.

Para APOLO.

Era blanca, tan blanca como el lino
mi frágil vestidura de ilusiones,
vestidura que en miseros girones
me tornaran las zarzas del camino.

Por eso á la ciudad de donde un día
me alejé melancólico y sañudo,
hoy regreso, tras larga romería,
decepcionado, sin calor, desnudo.

Todo está como ayer, y sin embargo,
yo no sé... mas encuentro un tinte amargo
en todo... hasta en las aves y en las flores.

Y bajo la desgracia en que me pierdo
ahogo, resignado, mi recuerdo
en el agua, lustral de mis dolores.

F. RESTREPO GÓMEZ.

Periodistas chilenos



MISAEEL CORREA

(Director de «El Diario Ilustrado»)

Inmortal

Morian las luces de la tarde
En el cristal de tu ventana:
Y sus fulgores temblorosos
Al despedirse acariciaban
Tu cabellera color de oro
Que, en ondas rubias, sepultaba
El alabastro de tu seno
Y el níveo mármol de tu espalda.
¡Qué embriagador era el perfume
Que las gardenias exhalaban!
¡Qué deslumbrante tu blancura

Y qué amorosas tus miradas!

Si en el océano del olvido
Todo recuerdo al fin naufraga:
Si la luz muere y se marchitan
En el jarrón las rosas blancas.
¿Por qué en mi boca se estreme-

[cen
Todos los besos que me dabas,
Y no se borra en mi memoria
Este recuerdo que me embriaga?

EDUARDO ROSALES SÁENZ.

La Embarcación á Citeres

Corta el mar la barca de marfil pulido:
mascarón de proa fórmale un cupido
que, esforzadamente, sopla un caracol.
Diez remos plateados, á un solo chasquido,
parecen diez alas abiertas al Sol.

A veces, reposan los remos en coro;
y, al trémulo halago de un viento sonoro
que riza la espuma del líquido tul,
recorta la vela de púrpura y oro
su triángulo sobre la túnica azul.

En popa, cercada de blandos cojines,
la Reina ve absorta los vastos confines
con una mirada que vaga al azar;
y, en gesto tedioso de mudos esplines,
un brazo desnudo descuelga en el mar...

Esclavas etíopes prorrumpen en una
fantástica loa de amor y fortuna.
¡Oh diálogo alado de flauta y violín!
Las cañas se llenan de arrullos de cuna,
los arcos vibrantes sacuden la crin.

¿A dónde la barca? Quizás es á un rico
ducado, á un celeste País de abanico,
adonde dirige su vuelo de azor...
Un alba paloma le trae en el pico
un ramo de dulces naranjas en flor.

La Reina ha fletado su barca á Citeres:
entre olas de ensueños, isla de placeres;
y su barca luce marca de Watteau...
¡Oh amada! si en ella lugar no me dieres,
detrás de tu barca nadando iré yo!

José SANTOS CHOGANO.



Opiniones

Dejar que las abejas del espíritu, busquen mieles en las memoranzas del pasado, es un signo de impotencia.

La paradoja y la palabra profunda es propia de sabios y de necios...

Un ladrón honrado, no roba mil pesos... Se estafaría a sí mismo.

Cuando un filósofo es buen psicólogo, puede permitírsele que haga literatura.

La decadencia empieza donde termina la confianza en el mañana.

Cuando riñáis con un bellaco, encareced mucho sus cualidades morales: así le humillaréis.

La libertad no se posee. Se vive en el afán de alcanzarla.

No conocemos la verdad. Ella es la vida: nosotros en la naturaleza somos parte.

En el hombre el descontento, es la iniciación del degenerado.

Nada tan zarandeado como la juventud. Es campo al que confían la fructificación de las semillas los nobles y los malvados...

Hasta mirando al porvenir somos egoístas. Y es que el egoísmo es un instinto, resultado de todas las manifestaciones fisiológicas: por lo tanto bueno y noble...

Admitir la Ciencia fuera de nosotros, es no quererla.

La insolencia, es la torpeza molestanda.

Victor Hugo es la imaginación con visos de profundidad. Zola un héroe de tragedia épica, pero murió...

Tengo un amigo, a quien por su manera de afirmar y negar simultáneamente llaman incongruente. No lo merece. Es simplemente un caso de ¿velocidad mental? Habla y ya al hacerlo parte, seguramente, de una base negativa, y afirma; mas a tiempo que sigue afirmando, ya en su cerebro ha habido infinidad de trasmutaciones psíquicas. Tantas que le conducen a la negación... y niega.

Aplacad la furia de vuestros látigos. Los *periodistas*, no merecen el rencor incendiado de los Dioses: El odio.

El Periodismo en el orden de los valores, no es un eficiente que marque un punto. Apenas si es un resultado...

La música buena, es una bruja amable.

Desconfiad de los oradores que explotan el símbolo. Tan pronto cantan a Dios como maldicen al Diablo.

El derecho de todos es un principio democrático. Y la Democracia... ¡Ay, que dolor de hígado!...

DELIO MORALES.

NUEVOS LIBROS RECIBIDOS

(DE LA LIBRERÍA PAUL OLLENDORFF — PARÍS)

A punto largo, POR AMÉRICO LUGO; **Del Romanticismo al Modernismo**, POR VENTURA GARCÍA CALDERÓN; **Horas de Estudio**, POR PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA; **Para América—Desde España**, POR ADOLFO POSADA; **La muerte de Philoe**, POR PIERRE LOTI.

Las ediciones de la Librería Ollendorff son de buen gusto editorial. Por las publicadas últimamente, vemos que dicha casa pone empeño en enriquecer su biblioteca de libros castellanos procurando conseguir obras de los escritores que más se destacan hoy en la península y en América.

Ayer fueron *Pedro César Dominici*, *Manuel Ugarte*, *Ramiro Blanco*, *José S. Chocano*, *Rufino Blanco Fombona*, *Luis Bonafoux*, *Amado Nervo*, *Cristóbal de Castro*, *F. García Calderón*; hoy son *Manuel Díaz Rodríguez*, *Américo Lugo*, *Pedro Henríquez Ureña*, *Carlos Reyles*, *E. Rodríguez Mendoza*, los que responden á los deseos de aquella casa editorial que, con la **Biblioteca Renacimiento**, de Madrid, representa el mayor esfuerzo que puede hacerse en beneficio de las letras hispano-americanas.

Biblioteca Renacimiento

(V. Prieto y Cía., editores — Madrid)

La **Biblioteca Renacimiento** ha publicado y anuncia nuevas obras de *Pío Baroja*, *Jacinto Benavente*, *Joaquín Belda*, *Manuel Bueno*, *Concha Espina*, *Alberto Insúa*, *Ricardo León*, *Rafael López de Haro*, *J. López Pinillos*, *Eduardo Marquina*, *G. Martínez Sierra*, *Condesa de Pardo Bazán*, *Felipe Trigo*, *Miguel de Unamuno*, *Francisco Villaespesa*, *Eduardo Zamacois*.

Próximamente editará obras inéditas de *Francisco Acebal*, *Serafín* y *Joaquín Álvarez Quintero*, *Azorín*, *Bernardo G. de Candamo*, *Rafael Domenech*, *Joaquín Dicenta*, *Andrés González Blanco*, *Juan R. Jiménez*, *Ramiro de Maeztú*, *Enrique de Mesa*, *Ramón Pérez de Ayala*, *Pedro de Répide*, *Santiago Rusiñol*, *Victor Said Armesto*.

LUIS y MANUEL PEREZ

LIBRERIA "MERCURIO" - Sarandí, 240

UN LIBRO DE BOMBITA

«Intimidaciones Taurinas y el Arte de Torear
de Ricardo Torres (Bombita)»

TEXTO

PRÓLOGO—*¡Oh, la sonrisa del Bombita!* por Felipe Trigo.

CAPÍTULO I *Biografía*: La casa y la familia *Bombita* cajista de imprenta. La revelación—El primer capotazo—Las capeas.—La becerrada del cocinero.—El primer traje de luces.—Las novilladas.—En Madrid. Emilio y su hermano.—La alternativa.—El triunfo.—El toro «Catalán».—Los toros y el dinero.

CAPÍTULO II *Las cogidas*: De novillero.—De matador de toros.—Precauciones higiénicas.—El por qué de las cogidas.—Los toros y el circo.—Una grave cogida alternando con Emilio.—Los tres *Bombitas*—Ricardo Torres, paciente y médico.—La cogida de Méjico.—Número de cicatrices. Palabras de *Bombita*.

CAPÍTULO III *Opiniones*: La política.—Pintura.—Sorolla y Bilbao. Literatura—Blasco Ibáñez y Alarcón.—Julio Verne. Música.—Teatro.—Actores.—Actrices y tiples. A la memoria de Villa verde.

CAPÍTULO IV *El arte de torear*: La teoría y la práctica.—Primer tercio.—El cambio de rodillas.—Los toreros á la derecha. ¿Debe suprimirse la suerte de banderillas?—Cómo debe torear de muleta. Las faenas largas.—La suerte de recibir. El volapié.

CAPÍTULO V — *Muertos é idos*: Juicios de Ricardo acerca del arte y la personalidad taurina de La-

gartijo—*Guerrita*—Mazzantini, *Espartero*, *Reverte*. *Bombita* mayor y Montes.

CAPÍTULO VI — *Psicología profesional*: Las preocupaciones de *Bombita*.—El valor y el miedo.—Los amigos. Los públicos.—Los toros. Los ganaderos.—La prensa.—La cuestión de las puyas.—Los miuras. *Bombita* y sus compañeros.—El Montepío taurino.—La cuestión palpitante y el des-tierro.

CAPÍTULO VII — *La retirada*: Las fuerzas físicas y el arte taurino.—La emoción de los aplausos.—La popularidad. ¿Qué haría yo?—El amor. La familia.—Los viajes.—La vida pública. Una vida sin objeto.—Por la madre.—Me retirarán los toros ó el tiempo.

GRABADOS

La primera becerrada en que toreó *Bombita*—*Bombita* rematando un quite. Un gran pase de muleta. *Bombita* entrando á matar. *Bombita* en París—*Bombita* en Méjico. *Bombita* en las cataratas del Niágara. *Bombita* en alta mar.—Cacería de Chantilly. (Francia) organizada en honor de *Bombita*. Un pase de peligro.—Toreando de capa.—*Bombita* íntimo.—*Bombita* con Gloria Laguna.—Antonio Montes el día de su cogida y muerte en Méjico. Una guapeza de *Bombita*.—Autógrafo de *Bombita* acerca de su última cogida en Barcelona y de los rumores sobre su retirada etc.

Precio del ejemplar: \$ 0.90